

En Trans –arts.cultures, media año 1997 – vol.1/2, No 3/4

In Absentia: Marcelo Pacheco visito el taller de Mónica Giron en BUENOS AIRES Visita de taller - studio visit

Mónica Giron vive en Montserrat, en la parte vieja de Buenos Aires, cerca de la Plaza de Mayo, núcleo político-simbólico de la ciudad, que linda con el barrio histórico de San Telmo. Su casa taller es el lugar de preparación de sus proyectos, espacio de reflexión y de acción, después de su experiencia de dos años en el Taller de Escultura de Barracas de la Fundación Antorchas

En la intensa escena artística de los noventa, Buenos Aires se presenta, una vez mas, diversa y elusiva. En este contexto, la preponderancia de las mujeres no es simple estadística. Al trabajo de Girón se le suman los de Claudia Fontes, Rosana Fuertes, Ariadna Pastorini, Diana Aisenberg, Karina el Azem, Nicola Constantini y Fabiana Barreda, entre otras. Hay en todas estas obras un tono domestico, un hacer que remite a la antigua imagen de las mujeres tejiendo y cosiendo. En los trabajos de estas artistas el hacer se desplaza: las apariencias amables, los detalles inofensivos, los materiales familiares, las imágenes tiernas encierran nuevas estrategias y potencias transgresivas. Y, al mismo tiempo, estas obras conservan los rastros de una manualidad inútil y decorativa. Se trata de disfraces que acuden en ayuda de los noventa cuando las palabras traicionan la realidad y los discursos clausuran la historia.

Estas artistas insisten en articular en sus trabajos una referencialidad sesgada: se trata de objetos sustitutos, fetiches para conservar la memoria, objetos que rememoran en la tensión de su familiaridad y su extrañeza. Buenos Aires no puede escapar de su memoria, y esta regresa a través de reliquias producidas por las manos de mujeres que tejen y cortan y pegan y modelan. Cuando la comunidad se desintegra entre

la violencia de la última dictadura militar, la traición del alfonsinismo y las obscenidades del menemismo, un grupo de mujeres asume la labor de transformar las declamaciones en rastros nuevos, el cinismo en un compromiso solidario y los excesos en extremos paródicos. Mientras el poder arrasa con las diferencias, estas mujeres construyen un lugar para la otredad. Hay en estas obras un refugio para el duelo y una comunidad que resiste en la acción. Y es en este contexto en el que quizás deba apreciarse a la obra de Mónica Giron. Sus obras-testigos también remiten a manualidades escolares, a tareas familiares, a la tradición del hacer con las manos. Es un intento de apropiarse del afuera en su presencia simbólica a imaginaria, fabricar la vestimenta de otra naturaleza para recuperar una mirada, para señalar con un gesto tejido o modelado siluetas que encierran una palabra distinta.

Nacida en 1959, al sur en la Patagonia, en San Carlos de Bariloche, suiza por sangre y educación, criada entre la tradición argentina de la conquista del desierto, la supervivencia de las culturas indígenas, y el escenario de una naturaleza cómplice en su presencia constante, Girón estudio en Ginebra entre 1979 y 1984. "Allí hice instalaciones y dibujos. Trabajé sobre el tema de la migración cultural. Use fotografías de archivos de colonos, exiliados, gente en la guerra y trabajé mucho con material de la Argentina del siglo pasado". Hace diez años decidió vivir en Buenos Aires.

La migración y la construcción simbólica de un territorio son vivencias permanentes para quien reconoce sus raíces en la mentalidad europea, sus recuerdos en la infancia sureña, su pasado reciente en la convivencia con una gran concentración urbana. Geografía a historia se entremezclan en la artista, itinerarios propios y familiares, reales y ficticios, la modelan en su hacer. La necesidad de pertenencia, la configuración de una memoria propia y de una historia colectiva se tejen entre afirmaciones individuales y sueños

comunitarios. Pensarse argentina desde la lejanía real a imaginaria de la Patagonia, sentirse centroeuropea por origen y por herencia, instalarse en una ciudad cosmopolita y xenófoba como Buenos Aires, son experiencias que reeditan cotidianamente la vivencia del llegar y el comenzar; cada día necesita de la memoria pequeña para construir el dónde, el como; la identidad establecida estalla, la pregunta primera vuelve, una y otra vez, para edificar un ámbito de destino menos extraño y más amable.

"En Buenos Aires empecé a pintar. Durante dos años me dediqué a armar un cuerpo de pintura sobre el paisaje. Las telas trataban sobre la modificación de un territorio a partir de su apropiación más o menos racional. Había masas continentales en medio del mar o paisajes con animales o árboles. Hice alrededor de 23 telas grandes con estas tres vertientes sobre el paisaje de la Patagonia". En esos cuadros los animales se reúnen múltiples, vistosos, ajenos; Giron representa en sus telas catálogos de una fauna y una geografía reales. La intervención estética en la naturaleza reordena relaciones y ubicaciones, construye una mirada dirigida que introduce en el mundo natural una jerarquía. Montañas y pájaros silenciados y acomodados en estructuras pictóricas que ejercen el poder de lo instituido y homologan mundos diferentes. En 1993 llegaron sus tejidos. "Se trataba de resolver la necesidad de trabajar con lo que tengo. Yo se tejer, en mi casa se tejía, mi madre tejía". Imaginar tapados para los animales patagónicos; tejer en un acto cotidiano gorros, chalecos, medias, camisas; colgar en una pared, en una sucesión interminable, esos trajes funerarios, esos ajueres calientes, esa vestimenta que protege y encierra, abriga y mata; exponer siluetas de animales salvajes imaginados en su desnudez cubierta por lana de colores; objetos extraños y sugerentes en su abandono, en su ausencia de cuerpos, en su animalidad, en su calidez infantil. Con sus tejidos Giron recupera la acción tridimensional al envolver con sus lanas fan-

tasmas que convocan otra realidad: la que se observa desde la memoria. "Una de las cosas que da fuerza a estas obras consiste en el hecho de que todos tejimos alguna vez, o vimos tejer, o nos pusimos un pullover. Es una experiencia cercana a lo vital".

Los posteriores torsos-objetos sugieren cortezas de árboles; se arrinconan unos sobre otros con su sequedad de madera lastimada y con la luz nacarada de sus interiores. Otra vez la no-presencia, lo que se fue dejando sus huellas, un perfil, una marca. Los cuerpos de resina, multiplicados unos sobre otros, adquieren el poder de lo fragmentario, la naturaleza se ahueca en su dualidad árbol-mujer, vida-muerte, lleno-vacío; los interiores resplandecen como perlas, los pechos se repliegan en las texturas centenarias de cortezas artificiales.

Giron trabaja por acumulación. Sus objetos tienen la estrategia de la cantidad que repite, que insiste; el juego se inicia en la sucesión, en lo apilado, no en la pieza única, aislada. Sus "esculturas" anuncian un juego constante de desapariciones que se enhebran. Hay que buscar adentro para descubrir lo que falta: el pájaro o la mujer; el animal o lo femenino. Sus obras son cáscaras que encierran, están para cubrir algo, son residuos; lo desnudo se cobija en la vestimenta de una camisa tejida y de un corset fabricado. La falta es lo que funda, alrededor del vacío se estructura el discurso; sucesivas metonimias que nombran desplazando el signo en otras realidades simbolizadas.

Cuando en 1995 aparecen sus guantes, Giron está agregando un nuevo juego a su mundo de presencias y ausencias, a su evocación de la memoria autobiográfica y a la ocupación de territorios reales y simbólicos. Se trata de una serie de guantes contruidos con piedras, tierras y hojas de la Patagonia. Una vez más un objeto de la vida diaria es alterado en sus cualidades funcional y discursiva. Estos guantes poseen la in-

utilidad de un instrumento cuya funcionalidad ha sido modificada y transformada: son parodias de manos que no agarran ni atrapan. Una tensión recorre nuevamente el borde entre lo reconocible y lo extraño en el terreno del desconcierto y la provocación. Giron reitera desde el resto, desde el fragmento: guantes, tejidos y torsos son testimonios sobre la historia, la identidad, la cultura, la sexualidad, los colonialismos. Son citas políticas para actualizar las preguntas individuales y colectivas y son a la vez reliquias que intentan reconstituir a partir de su valor pseudorreliгиозo la posibilidad de una comunidad diferente. En estos trabajos se entrecruzan la naturaleza, la reflexión sobre el objeto y la trama de un animismo esencial. "Sensaciones y experiencias vividas que se transforman en un dibujo que después tiene que materializarse. Entonces busco la solución durante meses".

La Argentina ha establecido el acto voluntario del olvido como una manera alternativa de anular su memoria histórica. En esta cotidianeidad el tiempo se anestesia hasta producir la sensación de un flujo único que se mueve sin responsabilidad y sin acumulación. La violencia y el miedo impiden la construcción de una comunidad y fisuran el proyecto de un destino común. Mónica Girón busca sugerir una trama, recuperar un lugar alrededor del fuego, abrigarse y abrigarnos. Cardar los hilos de color, modelar resinas, organizar plantas, animales y montañas, son actos primeros, son sus intentos por descifrar una memoria que se presiente. Sus objetos laten en el encuentro entre la infancia y la vigilia, la ambigüedad y la certeza, la ironía y el comentario político, la fragilidad y lo perdurable. En una sociedad que se disgrega, la artista refine y apila; en una nación que olvida, Giron sospecha e insiste.

No hay provocación, solo un comentario a pie de página: solo los torsos mutilados, el sexo apretado, los cuerpos cubiertos, la naturaleza ordenada. Tomar dis-

tancia y presentar; mirar y mostrar, anclar la memoria con cada objeto que conserva el calor de lo recién hecho y la huella de lo antiguo. Ex-votos de una ritualidad civil, la ausencia social nombrada con el lenguaje de lo doméstico.